

## LXIV.

*No hay nada más importante en la guerra que la unidad en el mando. Así, cuando sólo se hace la guerra contra una sola potencia, sólo debe de haber un solo ejército, operando sobre una sola línea y conducido por un solo jefe.*

Los buenos resultados, dice el archiduque Carlos, sólo se obtienen con los esfuerzos simultáneos dirigidos hácia un mismo punto, con resoluciones enérgicas y con una grande rapidez en la ejecución. Es muy raro que varios hombres que quieran llegar al mismo fin, se encuentren perfectamente de acuerdo en los medios que deban emplearse para lograrlo; pues si no supera la voluntad de uno solo, carecerán de unidad en la ejecución de sus operaciones y no lograrán el fin propuesto. Es inútil apoyar esta máxima con ejemplos que se encuentran frecuentemente en la historia. Eugenio y aún Malborough no habian sido, sin duda, tan afortunados en las campañas que dirigieron de concierto, si la intriga y la diversidad de opiniones no hu-

biera desorganizado constantemente los ejércitos que se les oponían.

## LXV.

*A fuerza de disertar, perorar y dictaminar, sucederá lo que siempre ha sucedido cuando se sigue un camino semejante, esto es, que terminará uno por tomar la peor determinacion, que en la guerra, es casi siempre, la más pusilánime, ó si se quiere, la más prudente....*

El príncipe Eugenio decía que los consejos de guerra sólo son buenos cuando se quiere una excusa para no emprender nada. Este es también el parecer de Villars.

Un general en jefe debe, pues, evitar la reunion de un consejo en los casos peligrosos, y limitarse tan sólo á consultar separadamente á sus oficiales generales que sean más experimentados, con el fin de que lo iluminen con sus consejos, y en seguida decidir segun sus propias miras. Por este medio se constituye, es verdad, responsable del partido que va á tomar; pero



tiene la ventaja de obrar según sus propias convicciones, y de estar seguro de que el secreto de sus operaciones no sea descubierto, como ordinariamente sucede cuando se discuten en consejo de guerra.

## LXVI.

*En la guerra sólo el jefe comprende la importancia de ciertas cosas, y sólo él puede, por su voluntad y por sus conocimientos superiores, vencer y sobreponerse á todas las dificultades.*

El hombre que obedece, sea cual fuere el mando que le esté confiado, estará siempre al abrigo de sus faltas, si ha ejecutado las órdenes que le han sido dadas. No sucede lo mismo al general en jefe, sobre quien descansan la salud del ejército y el éxito de la campaña. Continuamente ocupado en observar, meditar y prever, es de presumirse que debe adquirir un juicio tan sólido, que le hará siempre advertir el estado de las cosas bajo un punto de vista más vasto y verdadero que el que alcancen

sus generales subordinados. El mariscal de Villars, en todas sus campañas, ha obrado, casi siempre, contra el parecer de sus generales y casi siempre fué afortunado: tan cierto es que un general que se siente con la fuerza de mandar un ejército, debe seguir sus propias inspiraciones, si quiere obtener buenos éxitos.

## LXVII.

*Autorizar á los generales y á los oficiales á deponer las armas en virtud de una capitulación particular, en cualesquiera otra situación que la en que formen la guarnición de una plaza de guerra, presenta incontestables peligros. Es destruir el espíritu militar de una nación abriendo así una puerta á los cobardes, á los tímidos y también á los valientes extraviados . . . .*

En la campaña de 1759, Federico destacó al general Fink con diez y ocho mil hombres sobre Maxen, con el fin de cortar los desfiladeros de la Bohemia al ejército



austriaco: envuelto por fuerzas dobles, despues de un combate bastante vivo, el general Fink capituló, y catorce mil hombres depusieron las armas. Esta defeccion es tanto más vergonzosa, cuanto que el general Vunch, que mandaba la caballería, habiendo logrado abrirse paso, todo el vituperio de la capitulacion recayó sobre el general Fink, quien fué llevado despues ante un consejo de guerra, depuesto de sus dignidades militares y condenado á dos años de prision. En la campaña de Italia, en 1796, el general austriaco Provera capituló con dos mil hombres en el Castillo de Cosaria; despues, en la batalla de la Favorita, el mismo general capituló con un Cuerpo de más de seis mil hombres. Casi no se atreve uno á citar la vergonzosa defeccion del general Mack en la capitulacion de Ulm, campaña de 1805, en que treinta mil austriacos depusieron las armas, miéntras que se ha visto durante las guerras de la revolución, tantos generales abrirse paso por una vigorosa determinacion, solamente con algunos batallones.

## LXVIII.

*Ningun soberano, ningun pueblo, ningun general puede tener garantias, si tolera que los oficiales capitulen en campo raso y rindan las armas en virtud de un convenio que favorezca á los individuos del Cuerpo que lo estipulen, siendo contrario á los intereses del resto del ejército. . . .*

Los soldados, que casi siempre ignoran los designios de su jefe, no pueden ser responsables de su comportamiento; si les ordena que depongan las armas, deben de hacerlo, ó faltan á las leyes de la disciplina, más necesarias para un ejército, que algunos millares de hombres. Me parece, pues, que en caso semejante, sólo los jefes deben ser responsables y sufrir la pena á que se han hecho acreedores por su infamia; pues no hay ejemplos de que los soldados no hayan cumplido con su deber en una situacion desesperada, siendo conducidos por oficiales valientes y resueltos.



## LXIX.

*Sólo hay una manera honrosa de ser hecho prisionero de guerra, y es siéndolo aisladamente y cuando uno no puede ya servirse de sus armas: entónces no hay condiciones, pues no podría haberlas con el honor; pero por una necesidad absoluta, fuerza es constituirse prisionero.*

Siempre es tiempo de constituirse prisionero, por cuya razon debe uno verificarlo tan sólo en la última extremidad.

Permitaseme citar aquí un ejemplo de rara obstinacion en defenderse. El capitán de granaderos Dubreuil, del 37.º regimiento de línea, habiendo sido destacado con su compañía, fué detenido en su marcha por un fuerte grupo de cosacos, que le rodearon por todos lados. Ese capitán formó inmediatamente cuadro con su pequeña fuerza, y procuró llegar á los límites de un bosque que se encontraba á poca distancia del punto en que habían sido atacados, y lo lograron con pocas pérdidas; pero tan pronto como los granaderos com-

prendieron que podían encontrar un abrigo casi seguro, se desbandaron en el bosque, dejando á su capitán con algunos valientes que no quisieron abandonarle, á merced de la caballería. Reunidos los granaderos, en la espesura del bosque, se avergonzaron de haber abandonado á su capitán, y tomaron la valerosa resolucion de volver para arrancarlo del enemigo si estaba prisionero, y si había sucumbido, retirar su cadáver. Despues de haberse formado en los límites del bosque, á la bayoneta, se abrieron paso al través de la caballería, y penetraron hasta el punto en que se encontraba su capitán, quien, no obstante haber recibido diez y siete heridas, se seguía defendiendo; los granaderos le rodearon inmediatamente y se internaron en el bosque sin haber tenido muchas pérdidas.

Ejemplos como éste no son raros en las guerras de la revolucion, sería de desearse que nuestros contemporáneos los recogieran, para demostrar á los militares todo lo que se puede conseguir en la guerra con la voluntad y enérgicas resoluciones.



## LXX.

*En país conquistado, la conducta de un general está rodeada de escollos: si es enérgico, irrita y aumenta el número de los enemigos; si benigno, da esperanzas de hacer resaltar más los abusos y las vejaciones que son inevitablemente inherentes al arte de la guerra.*

Entre los romanos, los generales no se elevaban al mando de los ejércitos, sino despues de haber desempeñado los distintos puestos de la magistratura. De este modo, por sus conocimientos administrativos, sus generales se encontraban en aptitud de poder gobernar las provincias conquistadas con la prevision que necesita un nuevo poder sostenido por una fuerza arbitraria. Hoy, segun las instituciones militares modernas, los generales, instruidos únicamente en lo que concierne á las operaciones de estratégica y táctica, están obligados á confiar la parte administrativa de la guerra á empleados que, no formando parte del ejército, hacen más aparentes

los abusos y vejaciones que son las consecuencias casi inevitables de la guerra.

Esta observacion, que no hago más que recordarla, me parece digna de una atencion muy particular; porque si los oficiales superiores emplearan en la diplomacia el tiempo desahogado que tienen durante la paz; si se les empleara en las diferentes legaciones que envían los soberanos á las cortes extranjeras, aprenderían á conocer las leyes y el espíritu de los gobiernos á quienes más tarde deberian combatir; tambien aprenderían á distinguir los intereses sobre los cuales deben descansar los tratados que de un modo ventajoso pueden finalizar una campaña. Con la ayuda de esos conocimientos, un general en jefe obtendría éxitos mucho más seguros y más positivos, ya que todos los resortes de la guerra se encontraran en sus manos. Se ha visto ya al príncipe Eugenio y al mariscal de Villars, desempeñar con igual aptitud los cargos de general en jefe y de negociador.

Cuando el ejército que ocupa una provincia conquistada observa bien la disciplina, casi no hay ejemplo de que los habi-



tantes de esas provincias se subleven, sino es que esta sedicion sea provocada por las exacciones de los empleados de la administracion del ejército, lo que sucede con demasiada frecuencia. Es, pues, en este punto que el general en jefe debe fijar toda su atencion, con el fin de exigir que la recaudacion de las contribuciones impuestas en virtud de las necesidades de la guerra, sean distribuidas justificadamente, y sobre todo, que sean invertidas en su verdadero objeto, en lugar de que sirvan para enriquecer á los empleados, como generalmente sucede.

## LXXI.

*Nada puede excusar á un general que aprovecha los conocimientos adquiridos en el servicio de su patria, para combatir y entregar sus baluartes á las naciones extranjeras. Ese crimen está reprobado por los principios de la religion, de la moral y del honor.*

Los ambiciosos que obedeciendo á sus pasiones, arman á unos ciudadanos contra

los otros, bajo el velo engañoso del interes general, me parecen más culpables aún; pues, sea cual fuere un gobierno cuyas instituciones se han consolidado por el tiempo, debe preferirse á la guerra civil, y á sus leyes anárquicas, que son la consecuencia natural, para justificar los crímenes que de ella dimanen.

Permanecer fiel á su soberano y respetar al gobierno establecido, son las cualidades que deben especialmente caracterizar al hombre de guerra.

## LXXII.

*Un general en jefe no está á cubierto de las faltas que cometa en la guerra ocasionadas por órdenes que reciba de su soberano ó del Ministro, cuando el que las da se encuentra lejos del campo de operaciones y que conoce mal ó ignora los últimos acontecimientos. . . . .*

En la campaña de 1697, el príncipe Eugenio hizo retener al correo que le llevaba órdenes del Emperador, prohibiéndole que



aventurara una batalla. Todo lo había dispuesto el príncipe para que fuera decisiva, y creyó cumplir con su deber eludiendo las órdenes del Emperador, y la batalla de Zanta, en la que los turcos perdieron cerca de treinta mil hombres y cuatro mil prisioneros, fué el éxito que coronó su audacia. Sin embargo, á pesar de las inmensas ventajas que proporcionó esta victoria al ejército imperial, el príncipe Eugenio perdió su valimiento cuando llegó á Viena.

En 1793 el general Hoche, habiendo recibido la orden de marchar sobre Tréves, con un ejército extremadamente fatigado por las continuas marchas que había hecho en medio de un país montañoso y difícil, se negó á obedecerla, y decía, con razon, que para tomar una plaza sin importancia, se le exponía á perder su ejército. Hizo que sus tropas tomaran cuarteles de invierno, y prefirió la salvacion de su ejército, de quien dependía el éxito de la campaña siguiente, á su propia conservacion; pues llamado á Paris, fué arrojado á un calabozo, del que no salió sino despues de la caída de Robespierre.

No podría yo decidir si tales ejemplos

deben de ser imitados. Sería de desearse que esta cuestion, de tan alta importancia, fuera discutida é ilustrada por hombres autorizados.

## LXXIII.

*La primera cualidad de un general en jefe, es la serenidad, que se forme una justa idea de los objetos, no dejándose alucinar por las buenas ó malas noticias que adquiera: las sensaciones que reciba sucesas ó simultáneamente en el curso del dia, deben clasificarse en su memoria de modo que sólo ocupen el lugar que merecen ocupar. . . .*

La primera cualidad de un general en jefe, dice Montecuculli, es un gran conocimiento de la guerra: éste se adquiere con la experiencia, no es infuso; pues nadie nace capitán, despues se forma. No turbarse; tener siempre el espíritu despejado; no confundir nada en el mando; no demostrar alteracion en el semblante; dar sus órdenes en medio de una batalla con tan-



ta tranquilidad como si estuviera en pleno descanso, son las pruebas de lo que vale un general. Animar á los tímidos; aumentar el pequeño número de los valientes; reanimar el combate que languidece; reunir las tropas dispersas; traer á la carga las que han sido rechazadas; restablecer la ventaja de las armas en una situación desesperada; en fin, sucumbir, si necesario es, por salvar á la patria, son acciones que honran sobremanera al hombre de guerra.

A las cualidades ántes mencionadas puede agregarse la de saber distinguir el carácter de los hombres para emplearlos en el puesto que convenga, segun sus inclinaciones. "Todo mi cuidado, decía el mariscal de Villars, era conocer bien á mis oficiales generales subalternos; éste, por su espíritu audaz, está propio para conducir una columna al ataque; aquel, por su carácter guiado naturalmente á precaverse, sin que por esto carezca de valor, asegurará mejor la defensa de un estado. Únicamente aprovechando en su oportunidad esas diferentes cualidades personales, puede uno procurarse y casi asegurar los grandes y felices resultados."

## LXXIV.

*Conocer bien la carta geográfica y la parte de reconocimientos, cuidar de la expedición de las órdenes, presentar con sencillez los movimientos más complicados de un ejército; he aquí lo que debe distinguir al oficial llamado al servicio de jefe de Estado Mayor.*

Las atribuciones de jefe de Estado Mayor se concretaban antiguamente á la preparacion de todo aquello que tenía relacion con la ejecucion de los planes de campaña y las operaciones adaptadas por el general en jefe: en una batalla se le empleaba en transmitir las órdenes de movimientos, debiendo vigilar su ejecucion.

Pero en las últimas guerras se ha confiado con frecuencia á los oficiales de Estado Mayor el mando de una columna de ataque ó el de fuertes destacamentos, cuando el general en jefe tenía temor de comprometer el secreto al transmitir sus órdenes y sus instrucciones. De esta innovacion, que por tanto tiempo fué rechazada resul-



tan grandes ventajas; ya que por este medio se logra que los oficiales se pongan en aptitud de perfeccionar la teoría con la práctica, y que, además, adquieren el aprecio del soldado y del oficial subalterno de las tropas de línea, quienes juzgan fácilmente de un modo desfavorable á los oficiales superiores á quienes nunca han visto en las filas de los que combaten. Los generales á quienes se colocó con éxito, durante el periodo de las guerras de la revolución, en el difícil puesto de jefe de Estado Mayor, se habían, con anterioridad, y casi todos, distinguido en el servicio de las diversas armas.

El mariscal Berthier, que desempeñó de un modo tan brillante el puesto de jefe de Estado Mayor de Napoleon, poseía las cualidades más esenciales que debe tener un general: valor tranquilo y brillante, excelente juicio y larga experiencia. Llevó las armas durante medio siglo, hizo la guerra en las cuatro partes del mundo, abrió y terminó treinta y dos campañas. En su infantería adquirió, á la vista de su padre, antiguo ingeniero geógrafo, el talento de levantar planos y de dibujarlos con gusto,

así como los conocimientos preliminares para hacerse oficial de Estado Mayor. El príncipe de Lambesc le admitió en su regimiento de dragones, y en él adquirió la ventaja tan esencial en un hombre de guerra, de manejar su caballo y sus armas con destreza; agregado despues al Estado Mayor del conde de Rochambeau, hizo su primera campaña en América, en donde comenzó á hacerse distinguir por su actividad, su valor y sus talentos. Hecho oficial superior, en el Cuerpo especial de Estado Mayor general formado por el mariscal de Segur, visitó los campos del rey de Prusia, y en 1789 desempeñó las funciones de jefe del Estado Mayor bajo el baron de Bezzenval. Durante diez y nueve años invertidos en diez y seis campañas, la historia de la vida del mariscal Berthier es la misma que la de las guerras de Napoleon, de las que dirigió todos los detalles de ejecución, sea en el gabinete, sea sobre el terreno. Ageno á las intrigas políticas trabajaba con una actividad infatigable, apreciando con prontitud y sagacidad las miras generales y dando despues todas las órdenes de ejecución con prevision, claridad y conci-



sion. Discreto, impenetrable, modesto, á la vez que exacto, justo y severo para todo lo que tocaba al servicio, pero daba siempre el mismo el ejemplo del zelo y de la vigilancia; sabia conservar la disciplina y hacer respetar la autoridad que se le confiaba, por todos sus subordinados, cualquiera que fuese su rango y su grado.

## LXXV.

*Un general de artillería debe conocer el conjunto de las operaciones del ejército, puesto que está obligado á proveer de armas y municiones á las diferentes divisiones de que está compuesto. . . .*

Despues de haber reconocido las ventajas que presenta encargar un Cuerpo militar de que provea al ejército de armas y municiones de guerra, creo que debería ya haberse hecho sentir la necesidad é importancia de confiar tambien á un Cuerpo enteramente militar el abastecimiento de víveres y forrajes, y no á una administracion separada, como se ha practicado hasta hoy.

Las administraciones civiles agregadas á los ejércitos, se forman casi siempre en el momento en que comienza la guerra, y se componen de empleados extraños á las leyes de la disciplina y que nunca la observan; son poco estimados de los militares, porque su mira es la de enriquecerse sin pararse en los medios; en fin, ellos cooperan únicamente á su interes particular en un servicio en que permanecen ajenos á las glorias del ejército. Los desórdenes y las dilapidaciones que son inherentes á esta administracion, seguramente dejarían de existir si los empleos se confiaran á hombres salidos de las filas del ejército, y que, como premio á sus trabajos pudieran compartir con sus hermanos de armas, las glorias del ejército.



te del ejército y del que no recibe ni víveres ni sueldo y raramente socorros, se encuentra, durante toda la campaña, abandonado á sus propios recursos. Debe unir la astucia al valor y la prudencia á la audacia, si quiere recoger botin sin exponer su pequeña tropa á medirse con fuerzas superiores. Siempre inquieto y rodeado de peligros que debe prever y vencer, el jefe de partidarios adquiere, en poco tiempo, una experiencia de los detalles de la guerra que un oficial de tropas de línea obtendrá raramente; porque éste está casi siempre bajo la influencia de una autoridad superior que dirige todos sus movimientos.

## LXXVI.

*Reconocer con destreza los desfiladeros y los vados, aprovecharse de buenos guías, interrogar al cura y al administrador del correo, ponerse en comunicaciones rápidas con los habitantes, enviar espías, apoderarse de las cartas del correo, interpretarlas y analizarlas; y por último, contestar todas las preguntas del general en jefe, cuando llegue con todo el ejército, son las cualidades que debe tener un buen general á quien se confía un puesto avanzado.*

Los forrajes que se hacían con pequeños destacamentos y que ordinariamente se confiaban á los jóvenes oficiales, servían ántes para formar buenos oficiales de puestos avanzados; pero en la actualidad, que los abastecimientos del ejército se hacen por medio de contribuciones regulares, es solamente en la guerra de partidarios que puede adquirirse aún la experiencia necesaria para desempeñar ese puesto con buen éxito. Un jefe de partidarios, independien-



## LXXVII.

*Su genio ó su propia experiencia es lo que guta á los generales en jefe. La táctica, las evoluciones, la ciencia del oficial de ingenieros y la del oficial de artillería, pueden aprenderse en los tratados; pero los conocimientos de la gran táctica sólo se adquieren por medio de la experiencia y por el estudio de la historia de las campañas de todos los grandes capitanes....*

El archiduque Carlos ha dicho que sólo con una grande experiencia y con el amor al estudio puede uno hacerse gran capitán. No basta, pues, con lo que uno mismo ha visto; porque ¿cuál es la vida del hombre tan fecunda en acontecimientos que logre adquirir una experiencia universal? Es, pues, aumentando el propio saber con los conocimientos ajenos, apreciando las investigaciones de nuestros predecesores y tomando por punto de comparación las hazañas militares y los acontecimientos que han tenido las grandes consecuencias que la historia de las guerras nos presenta, que puede uno hacerse hábil general.

## LXXVIII.

*Leer con frecuencia las campañas de Alejandro, Aníbal, César, Gustavo, Turana, Eugenio y de Federico, modelarse en ellos, es el único medio para llegar á ser un gran capitán y sorprender los secretos de la guerra.*

Con el fin de facilitar este estudio he formado la presente recopilación. Después de haber leído y meditado en la historia de las guerras modernas, he procurado hacer notar, por medio de ejemplos, de qué modo pueden aplicarse á esta lectura las máximas de un célebre capitán.

Ojalá y logre mi objeto!

FIN.







